

PRÓLOGO

Este pequeño libro desea ofrecer una guía válida para el rezo del vía crucis. Está inspirado en las imágenes en alto relieve que se encuentran en una casa religiosa en Bad Münstereifel, pequeña localidad situada cerca de Düsseldorf, Alemania. Las estaciones modeladas por un artista húngaro cuyo nombre se desconoce, están concebidas como figuras estilizadas en trazos verticales y preparadas en pasta simulando cobre. Son imágenes modernas llenas de “pathos” y de un profundo contenido humano y sobrenatural que invitan al hombre a “tomar parte en la pasión de Cristo”. En ellas la figura humana parece ceder ante el dolor de la pasión.

El lector encontrará una o varias fotografías de cada estación que le permiten introducirse de una manera más viva e intensa en los misterios que se consideran. Al pie de la fotografía hallará un *comentario* que muestra la riqueza espiritual y plástica de la imagen. Se trata de un comentario libre con tonos espirituales y poéticos que invita al lector a considerar detenidamente la estación obteniendo el propio fruto espiritual. Las *reflexiones*, pequeños párrafos tomados de documentos de su santidad el Papa Juan Pablo II y del P. Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo, ofrecen una serie de pensamientos que ayudan a profundizar el misterio. Finalmente la *oración*, inspirada en el vía crucis que el Santo Padre escribió con motivo del Gran Jubileo del año 2000, recoge la acción de gracias y las peticiones del hombre en diálogo con Dios. La estructura del vía crucis permite la meditación personal o la recitación pública eligiendo las partes más apropiadas para cada circunstancia.

“Esta forma de meditación —decía Pablo VI al hablar del vía crucis— casi escenificada y alternada con cantos y oraciones, nos ayuda no sólo a recordar los sufrimientos de Cristo, sino a descubrir, en cierta medida, la profundidad, la dramaticidad, el misterio sumamente complejo, donde el dolor humano en su más alto grado, el pecado humano en su más trágica repercusión, el amor en su expresión más generosa y más heroica, la muerte en su más cruel victoria y en su definitiva derrota, adquieren la evidencia más impresionante”. Este pequeño libro se dirige a todo hombre y mujer de buena voluntad con el deseo de ayudarle a descubrir en su propia vida ese vía crucis de Cristo que da significado y sentido a su peregrinar terreno; se dirige de modo especial a aquellos que conscientes de su misión en la tierra, luchan y sufren por cumplirla con fidelidad y con amor a la verdad.

“Pilato, mostrando a la muchedumbre exaltada el rostro desfigurado de Cristo, no imaginaba que se convertiría, en cierto sentido, en portavoz de una revelación. Sin saberlo, señalaba al mundo a Cristo, en quien todo hombre puede reconocer su raíz, y de quien todo hombre puede esperar su salvación”.¹ *Ecce homo!*: “¡He ahí el hombre!”: una invitación para emprender el milenio llenos de esperanza fundados en la Cruz de Cristo; se trata de una exhortación a mirar el acontecer humano, en su trágico drama, desde la perspectiva del amor redentor que “me amó y se entregó por mí” (Gá 2, 20). No hay situación humana, por desesperada que sea, que no haya sido asumida en esta cruz redentora. “¡He ahí el hombre. He ahí el amor!”.

¹ JUAN PABLO II, Discurso a los profesores universitarios en la conclusión de su Jubileo, 9 de septiembre de 2000

ORACIÓN INTRODUCTORIA

Sacerdote:

Señor de la vida y de la muerte,
que quisiste hacerte hombre para redimir al hombre
mediante la muerte en la cruz;

Cristo, muerto y resucitado, que sufriste la incompreensión,
la persecución y la condena por parte de los poderosos;
que después de haber pasado entre nosotros
haciendo el bien a todos con la palabra y la acción,
te dejaste clavar en una cruz,
contempla desde lo alto de tu gloria nuestras cruces...

Oh Señor, peregrino de paz y esperanza,
vengo a proclamar la fe en tu resurrección y en la nuestra...
Te pido también por aquellos que sobre su tumba no tienen el signo de tu cruz...
Que la luz de tu cruz, oh Señor, ilumine y dé sentido a todas nuestras cruces.
Cristo, muerto y resucitado, Señor del tiempo y de la historia,
principio y fin de toda existencia humana. Amén.

(JUAN PABLO II, Oración durante la visita a las tumbas de los mártires en Lituania, 5 de septiembre de 1993).

I

JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: ¡He ahí al hombre! Te señalamos con el dedo, te acusamos y te condenamos. Pero no eres un hombre cualquiera. Eres Dios. ¡Juzgamos a Dios! Coronado de espinas, maniatado, convertido en infamia y foco de irrisión. Y aun así, sigues siendo el centro de nuestras miradas, de nuestras protestas; más aún, de nuestras vidas. Sí, eres el centro, eres la revelación del Padre, y sin embargo, tus manos permanecen ocultas. ¿Dónde están tus manos, Señor? Queremos ver tus obras, palpar tus milagros. ¿Por qué callas? ¿Por qué aceptas? Y seguimos juzgando y condenando tu elocuente silencio en nuestras vidas, porque no aceptamos las desgracias, los dolores y la muerte. Señor, juzgado injustamente y condenado por nuestro pecado, júzganos con misericordia y bondad el día de nuestro encuentro final y definitivo. **Evangelio**

Lector 2:

Viendo Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: “Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!”. Y el pueblo entero respondió: “¡Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!” Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran (Mt. 27, 24-26).

Reflexión 1

Lector 1:

La elocuencia definitiva del Viernes Santo es la siguiente: Hombre, tú que juzgas a Dios, que le ordenas que se justifique ante tu tribunal, piensa en ti mismo, mira si no eres tú el responsable de la muerte de este Condenado, si el juicio contra Dios no es en realidad un juicio contra ti mismo. Reflexiona y juzga si este juicio y su resultado -la Cruz y luego la Resurrección- no son para ti el único camino de salvación. (Juan Pablo II, *Cruzando el umbral de la Esperanza*, 11).

Reflexión 2

Lector 2:

Admiramos la integridad de Jesucristo en el trance de su pasión física y en la cruz de su obediencia; sin embargo, no fue menor el heroísmo del silencio con que vivió las tremendas humillaciones que le infligieron sus enemigos. Aprehendido como un bandolero, escarnecido como loco, ajusticiado como criminal; pero ÉL no pierde nobleza ni dignidad: “Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca” (Is 53, 7) (M.M. 17 de marzo de 1986).

Oración

Sacerdote:

Cristo, que aceptas una condena injusta, concédenos la gracia de ser fieles a la verdad y no permitas que caiga sobre nosotros y sobre los que vendrán después de nosotros el peso de la responsabilidad por el sufrimiento de los inocentes. A ti, Jesús, Juez justo, honor y gloria por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

II JESÚS CARGA CON LA CRUZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1 Ahora no cargas la oveja descarriada, Buen Pastor. Una cruz redentora es tu cayado. Tus espaldas cederán bajo el peso de nuestra salvación. La cruz nos configura. Y a tientas queremos ignorar esta visión que nos horroriza; buscamos seguirte, pisar tus huellas, poseerte, pero sin cruces ni dolores. ¿Por qué tienes que tomar la cruz? ¿No habrá otros caminos? ¿Por qué eres cruz? Y nos olvidamos de que en realidad, no somos nosotros, sino Tú quien lleva nuestras cruces. Cruz de Cristo, del Dios hecho carne, de quien quiere seguirte; Cruz de ayer, de hoy y de siempre, miseria del hombre y misericordia de Dios, no te separes jamás de nuestras vidas.

Evangelio

Lector 2:

Y empezaron a saludarlo: ¡Salve, rey de los judíos! Y le golpeaban la cabeza con una caña, le escupían y le hacían reverencias doblando las rodillas. Y una vez que se burlaron de él, lo despojaron de la púrpura, lo vistieron con su propia ropa y lo sacaron para crucificarlo. (Mc. 15, 19-20).

Reflexión 1

Lector 1:

El sufrimiento no puede ser transformado y cambiado con una gracia exterior sino interior... Pero este proceso interior no se desarrolla siempre de igual manera... Cristo no responde directamente ni en abstracto a esta pregunta humana sobre el sentido del sufrimiento. El hombre percibe su respuesta salvífica a medida que él mismo se convierte en partícipe de los sufrimientos de Cristo. La respuesta que llega mediante esa participación es... una llamada: ¡Sígueme!, ¡Ven!, *toma parte en esta obra de salvación del mundo* que se realiza a través de mi sufrimiento, por medio de mi cruz. (Juan Pablo II, *Salvifici Doloris*, 26).

Reflexión 2

Lector 2:

No hay otro camino de salvación y santidad que la cruz, que la inmólación absoluta por la humildad, el olvido de sí mismo y el sacrificio. Esta cruz para cada alma es distinta, personal e intransferible. Cargue con entusiasmo y constancia su cruz, alentado por el clamor de las almas alejadas de Cristo; cargue esa cruz, la suya, la que Dios benignamente le ha entregado para acompañarle camino del Calvario; porque en esa cruz encontrará su santidad, su felicidad y la salvación de tantas almas, que sólo usted podrá salvar. (M.M., 6 de abril de 1968).

Oración

Sacerdote:

Cristo, que aceptas la cruz de las manos de los hombres para hacer de ella un signo del amor de Dios por el hombre, concédenos, a nosotros y a los hombres de nuestro tiempo, la gracia de la fe en este infinito amor, para que, transmitiendo al nuevo milenio el signo de la cruz, seamos auténticos testigos de la Redención. A ti, Jesús, Sacerdote y Víctima, alabanza y gloria por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

III JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Muchas personas te han derrumbado de sus vidas. Has caído de su existencia. No pueden soportar la cruz ni tu doloroso abatimiento al borde de tantos caminos. ¡Buen samaritano! Con un brazo aferras la cruz y con el otro nos tiendes tu mano amorosa en nuestro peregrinar hasta Ti. No nos dejes, ayúdanos a levantarnos de nuestras caídas y a vivir asidos de tu mano providente, que se llama misericordia. Que nunca abandonemos el camino emprendido, que jamás caigamos en la desesperanza; que siempre nos levantemos, cogidos de tu mano.

Evangelio

Lector 2:

Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón. (Mt. 11, 28-29).

Reflexión 1

Lector 1:

Buen samaritano es todo hombre que se para junto al sufrimiento de otro hombre, de cualquier género que ése sea. Buen samaritano es todo hombre sensible al dolor ajeno, el hombre que se conmueve ante la desgracia del prójimo. Buen samaritano es el que ofrece ayuda en el sufrimiento. El hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás. Buen samaritano es el hombre capaz precisamente de ese don de sí mismo. (Juan Pablo II, *Salvifici Doloris*, 28).

Reflexión 2

Lector 2:

Cristo, más que nunca necesita brazos, corazones ardientes, almas de apóstoles. Es maravilloso seguir a Cristo, poder hacer algo con esta vida tan insignificante que tenemos. Es estupendo poder pasar por la vida dejando una huella: la huella de habernos entregado a la salvación de los demás, la huella de haber salvado muchas almas... (M.M., 14 de marzo de 1978).

Oración

Sacerdote:

Oh Jesús que has caído con la cruz a cuestas y te pones nuevamente en pie, enséñanos a levantarnos sin desalientos de nuestras caídas y a reanudar el camino llenos de esperanza. Danos la fuerza del Espíritu, para llevar contigo la cruz de nuestra debilidad. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

IV JESÚS SE ENCUENTRA CON SU MADRE SANTÍSIMA

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: María estrechando la cruz abraza a Cristo. Presencia serena de la madre amorosísima. María, la Virgen fiel a todas las llamadas de Dios. La Madre del sí generoso, la Virgen de la voluntad de Dios. María, con el rostro cubierto por el dolor. La mirada de Dios se consuela en tu mirada humana. Una única mirada encontrada en una única voluntad: un mismo latir, un idéntico sentir ante la voluntad de Dios. María, madre de los otros Cristos, de los redimidos por el sacrificio de tu Hijo y de sus íntimos seguidores. María, sigue curando las heridas del cuerpo de tu Hijo que es la Iglesia.

Evangelio

Lector 2:

Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón (Lc. 2, 19).

Reflexión 1

Lector 1:

Nadie ha experimentado, como la Madre del Crucificado, el misterio de la cruz; el pasmoso encuentro de la trascendente justicia divina con el amor: el ¡beso! dado por la misericordia a la justicia. Nadie como ella, María, ha acogido de corazón ese misterio: aquella dimensión verdaderamente divina de la redención, llevada a efecto en el Calvario mediante la muerte de su Hijo, junto con el sacrificio de su

corazón de madre, junto con su "fiat" definitivo (Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, 9).

Reflexión 2

Lector 2:

En su vida mortal Ella se desprendió de sí misma y se sacrificó por su hijo Jesucristo, en quien amó a toda la humanidad. Si en el orden humano es posible valorar el talento de una madre por cuanto hace y se desvela por su hijo, con cuánta veneración y gratitud me he de acercar a María por todos sus beneficios, por cuidar de mí y acompañarme siempre como a Jesucristo hasta la cruz (M.M. 20 de diciembre de 1982).

Oración

Sacerdote:

Oh María, tú que has recorrido el camino de la cruz junto con tu Hijo, quebrantada por el dolor en tu corazón de madre, suplica para nosotros y para los hombres de las generaciones futuras la gracia del abandono en el amor de Dios. Haz que, ante el sufrimiento, el rechazo y la prueba, por dura y larga que sea, jamás dudemos de su amor. Por Cristo Nuestro Señor.

Todos:

Amén

V

EL CIRENEO AYUDA A CARGAR LA CRUZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Seguirle. Un hombre sencillo ha escuchado hablar de Ti y le obligan a cargar tu cruz. Algunas voces le aseguran que jamás has existido, que eres pura invención; que jamás podremos conocerte. Otros viven como si Tú no existieses. Pero tu Cruz es un reclamo. Te haces presente. Y posas tu mirada en ese elegido, en su cuerpo semidesnudo, porque la vida le ha robado sus posesiones. ¿Seguirle? Cristo, que escrutas los corazones y llamas a quien quieres, que vuelves la mirada y no pides compasión, sino seguimiento, ¿te seguiré? Toma la cruz y endereza el paso. Desde ahora su rostro será reflejo del tuyo, como Tu cruz será desde ahora la suya.

Evangelio

Lector 2:

Tomaron a Jesús y lo llevaron fuera para crucificarlo. Mientras salían, encontraron a un transeúnte, un cierto Simón de Cirene, y le obligaron a tomar la cruz detrás de Jesús. (Mc. 15, 20-21).

Reflexión 1

Lector 1:

Es Jesús mismo quien toma la iniciativa y llama a seguirle. La llamada está dirigida sobre todo a aquellos a quienes confía una misión particular, empezando por los Doce; pero también es cierto que la condición de todo creyente es ser discípulo de Cristo (cf. Hch 6, 1). No se trata aquí solamente de escuchar una enseñanza y de cumplir un mandamiento, sino de algo mucho más radical: adherirse a la persona misma de Jesús, compartir su vida y su destino, participar de su obediencia libre y amorosa a la voluntad del Padre. (Juan Pablo II, *Veritatis Splendor*, 19).

Reflexión 2

Lector 2:

Cristo ha salido al paso de tu vida. Una invitación. Una mirada. Un sí generoso en ti, lleno -como todos los síes- de inquietud, de un santo temor. Una panorama inmenso en tu vida de fidelidad: almas, hombres y mujeres que buscan a Dios, que buscan dar un sentido a su vida. La felicidad y la dicha se asoman a nuestras puertas; nuestros corazones se esponjan y sentimos nuevos reclamos de Dios para ser fieles. (M.M., 13 de mayo de 1976).

Oración

Sacerdote:

Cristo Jesús, que has concedido a Simón de Cirene la dignidad de llevar tu cruz, acógenos también a nosotros bajo su peso y concédenos la gracia de la disponibilidad. Haz que no apartemos nuestra mirada de quienes están oprimidos por la cruz de la enfermedad, de la soledad, del hambre y de la injusticia. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

VI LA VERÓNICA ENJUGA EL ROSTRO DE JESÚS

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Una mujer se acerca a Jesús. Su rostro está velado. ¿Qué le ha movido? ¿La compasión? ¿El deseo de ayudarlo? ¿El no dejarle solo? Mujer sin rostro, quizás desfigurado por las lágrimas o quebrantado por el dolor, no pierdas en tu paño el rostro del Maestro. Tu rostro ha sido desde la creación del mundo el rostro de Cristo. Mirada de Jesús, invitación al amor y a la entrega de la propia vida. Jesús, que sales al encuentro de las almas, graba eternamente en nuestros corazones tu imagen adorable.

Evangelio

Lector 1:

Y todo aquél que dé de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, no perderá su recompensa. (Mt. 10, 42).

Reflexión 1

Lector 1:

¿No es quizás un dato incontestable que fueron precisamente las mujeres quienes estuvieron más cercanas a Jesús en el camino de la cruz y en la hora de la muerte? Un hombre, Simón de Cirene, es obligado a llevar la cruz (cf. Mt 27,32); en cambio, numerosas mujeres de Jerusalén le demuestran espontáneamente compasión a lo largo del *vía crucis* (cf. Lc 23,27). La figura de la Verónica, aunque no sea bíblica, expresa bien los sentimientos de la mujer en la vía dolorosa. (Juan Pablo II, Jueves Santo de 1995).

Reflexión 2

Lector 2:

En esa suprema soledad, en ese hondo dolor, en la aspiración sufrida de nuestra alma y de nuestros anhelos, en la oscuridad de nuestra razón, en la herida profunda de nuestra vida es donde encontramos a Dios que ha bajado hacia nosotros, que nos ha lavado, curado y que nos lleva hacia el nuevo

encuentro con la vida (M.M 20 de febrero de 1975).

Oración

Sacerdote:

Señor Jesucristo, tú que aceptaste el gesto desinteresado de amor de una mujer y, a cambio, has hecho que las generaciones la recuerden con el nombre de tu rostro, haz que nuestra obras nos hagan semejantes a ti y ofrezcan al mundo el reflejo de tu infinito amor. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

VII JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: ¿Dónde está Jesús? Es la pregunta inquietante que nos asalta cuando el peso de la cruz nos doblega. Entonces nos sobrecoge la duda, te perdemos de vista y se postra el corazón. Y sin embargo Dios sigue estando ahí, presente, porque donde exista una cruz, allí estará el hijo de Dios. ¿Por qué te escondes? Nuestras manos humanas sólo palpan las asperezas del dolor. Es el momento de la prueba, cuando izamos en nuestra vida el mástil de la cruz y anclamos en ella nuestra felicidad. Y la queja se transforma en oración: No permitas que te abandonemos, que te demos la espalda; no nos dejes soltar la cruz; no consientas en que nos desplomemos.

Evangelio

Lector 2:

Vino a su casa, y los suyos no le recibieron. Pero a todos los que le recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios (Jn. 1,11-12)

Reflexión 1

Lector 1:

La humanidad ha hecho admirables descubrimientos y ha alcanzado resultados prodigiosos. Pero el cambio fundamental, cambio que se puede definir «original», es el cambio entre el «caer» y el «levantarse», entre la muerte y la vida. Es también un constante desafío a las conciencias humanas, un desafío a toda la conciencia histórica del hombre: el desafío a seguir la vía del «no caer» en los modos siempre antiguos y siempre nuevos, y del «levantarse», si se ha caído (Juan Pablo II *Redemptoris Mater* Conclusión).

Reflexión 2

Es cierto que hoy asistimos desgraciadamente a la desaparición progresiva del símbolo de la cruz.

Desapa
rece de
las
casas
de los
vivos y
de las
tumbas
de los
muerto

s; y
desapar
ece,
sobre
todo,
del
corazón
de
muchos
hombre
s... Sin
embarg
o, y a
pesar
de ello,
la cruz
es
insepar
able de
la vida
cristian
a y del
apostol
ado
cristian
o. Ser
cristian
o, ayer,
hoy y
mañana
, será
abrazar
con el
corazón
la cruz
de
Cristo y
hacerla
nuestra,
muy
nuestra,
pues en
ella
está
nuestra
salvaci
ón.
(M.M.,
1 de
junio
de
1980).

Oración

Sacerdote:

Señor Jesucristo, que caes bajo el peso del pecado del hombre y te levantas para tomarlo sobre ti y borrarlo, concédenos a nosotros, hombres débiles, la fuerza de llevar la cruz de cada día y de levantarnos de nuestras caídas, para llevar a las generaciones futuras el Evangelio de tu poder salvador. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

VIII JESÚS CONSUELA A LAS SANTAS MUJERES

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Los hombres han condenado a Jesús al suplicio de la cruz. Sin embargo, unas mujeres piadosas siguen sus huellas y le acompañan con su llanto. Lágrimas de mujer, de madre, de esposa, de virgen, la mejor oración. En signo de maternidad ultrajada se cubren el rostro, pidiendo perdón por los pecados humanos. También otras mujeres en nuestro tiempo ocultan su semblante a los ojos del mundo y derraman lágrimas y oraciones. En medio de tu dolor, vuelves la mirada y les hablas. Al borde del camino, en las encrucijadas de la vida, todavía nos buscas y sigues reclamando compasión. Hombres y mujeres, consoladores del amor herido, ¡mostradnos el rostro de Cristo! ¡Queremos ver el rostro de Dios!

Evangelio

Lector 2:

Le seguían una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres que lloraban y se dolían por Él. Vuelto a ellas, Jesús dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad, más bien, por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque si esto se hace en el leño seco, ¿en el verde qué se hará? (Lc. 23, 27-31).

Reflexión 1

Lector 1:

A Cristo, el Hombre-Dios, se dirige la mirada: en su rostro desfigurado, varón de dolores, descubre ya el anuncio profético del rostro transfigurado del Resucitado. Al espíritu contemplativo Cristo se revela como a las mujeres de Jerusalén, que subieron a contemplar el misterioso espectáculo del Calvario. Y así, formada en esa escuela, la mirada se acostumbra a contemplar a Cristo también en los pliegues escondidos de la creación y en la historia de los hombres, también ella comprendida en su progresivo conformarse al Cristo total. (Juan Pablo II, *Oriente Lumen*, 12).

Reflexión 2

Lector 2:

Buscad siempre a Dios. Dios sana las heridas más dolorosas, consuela las penas más profundas, alegra los más tristes momentos de la vida. Dios comprende todo nuestro ideal, Dios es el objeto digno de nuestros corazones, es amigo, padre y hermano, Dios nunca falta... Dios es fiel... (MM., 4 de junio de 1946)

Oración

Sacerdote:

Cristo, que has venido a este mundo para visitar a todos los que esperan la salvación, haz que nuestra generación reconozca el tiempo de tu visita y tenga parte en los frutos de tu redención. No permitas que por nosotros y por los hombres del nuevo siglo se tenga que llorar porque hayamos rechazado la mano del Padre misericordioso. A ti, Jesús, nacido de la Virgen, Hija de Sión, honor y gloria por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

IX JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Cruz. Una pesada cruz. Cristo cae y se doblega en el camino, pisado por el desprecio, arrinconado de nuestras miradas. Es preciso levantar la mirada y ver más allá. No podemos cegarnos con el barro del camino o las inmundicias del mal. Hay que volver el rostro y contemplar al Padre. Hay que vislumbrar bajo la sombra de la cruz el brillo de la Resurrección y transformar así la caída en momento de gracia. Es necesario levantarse siempre. La cruz no nos puede anclar en la desesperación y el desaliento, porque donde abundó el pecado sobreabundó la gracia. La cruz no es lo último, no es una mortaja, porque ahí está el Camino, la Verdad y la Vida.

Evangelio

Lector 2:

Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mí. Alegraos y regocijaos, porque grande será en el cielo vuestra recompensa. (Mt. 5, 11-12).

Reflexión 1

Lector 1:

El misterio pascual lleva en sí la más completa revelación de la misericordia, es decir, del amor que es más fuerte que la muerte, más fuerte que el pecado y que todo mal, del amor que eleva al hombre de las caídas graves y lo libera de las más grandes amenazas (Juan Pablo II, *Dives in misericordia* 15).

Reflexión 2

No importa caer mil veces, si se ama la lucha y no la caída. Por eso la desesperación no tiene sentido, sobre todo en el que lucha junto a Cristo. El esfuerzo de una lucha continua puede gustarle más a Cristo que la posesión pacífica y cómoda de una victoria. (M.M., 18 de julio de 1975).

Oración

Sacerdote:

¡Oh Jesús que caes por la tercera vez bajo la cruz! Te pedimos para todos los corazones humanos la gracia de la contrición de los pecados: la gracia del dolor saludable de la conciencia. Por Cristo Nuestro Señor.

Todos:

Amen.

X JESÚS ES DESPOJADO DE SUS VESTIDURAS

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Una mujer enferma, al rozar tu manto, quedó curada. Ella te tocó con fe. Ahora unas manos infames te despojan de tus vestiduras. Y sin embargo, también aquí obrarás el milagro de nuestra curación. Tu cuerpo es un juguete en manos de las pasiones humanas. No sólo te hemos negado, nos atrevemos a robarte tu dignidad. También Tú sentiste la vergüenza y los ultrajes, la desnudez y el desamparo. Así naciste, vacío y desprendido de todo, y así volveremos nosotros al seno del Padre. Muéstranos tu cuerpo dolorido y sangrante, tus heridas, tu sangre redentora, tus brazos compasivos, tus manos atadas. Revístenos, Señor, con tu gracia. La gracia que nos regalaste en el Bautismo y que vestiremos eternamente en la gloria.

Evangelio

Lector 2:

Se repartieron sus vestiduras, echando a suertes sobre ellos para saber lo que había de tomar cada uno. (Mc. 15, 24).

Reflexión 1

Lector 1:

“Siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza” (2 Co 8, 9). La pobreza de la que habla Pablo no consiste sólo en despojarse de privilegios divinos, sino también en compartir las condiciones más humildes y precarias de la vida humana (cf. Flp 2, 6_7). Jesús vive esta pobreza durante toda su vida, hasta el momento culminante de la cruz: “se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz” (Juan Pablo II *Evangelium Vitae* II).

Reflexión 2

Lector 2:

Lo que importa es gastar la vida por Cristo, donde y como Él quiera; gústenos o no. ¿Qué quedará para Cristo si le regateamos nuestra vida, que de por sí es breve y pasajera? Tenemos que gastarnos por Cristo, porque querer conservarnos a nosotros mismos es un intento ciego y sin sentido. Yo pienso que toda la vida humana se gasta y se consume, bien o mal; y no hay posible ahorro; los años son ésos y no hay más; y la eternidad es lo que sigue a esta vida. Gastarnos por Dios y por amor a nuestros hermanos en Dios es lo razonable y seguro. (M.M., 19 de octubre de 1974).

Oración

Sacerdote:

Señor Jesús, que con total entrega has aceptado la muerte de cruz por nuestra salvación, haznos partícipes de tu sacrificio en la cruz, para que nuestro existir y nuestro obrar tengan la forma de una participación libre y consciente en tu obra de salvación. A ti, Jesús, sacerdote y víctima, honor y gloria por los siglos.

Todos:

Amén.

XI

JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Crucificado. Tus miembros se tensan entre el cielo y la tierra. El momento supremo, pues ha llegado la ¡hora! El cuerpo cuelga de la cruz, como el perdón brota de sus labios. Es la hora tan ansiada por el amor de Dios que se vierte en cáliz amargo. Pobre de espíritu, cargas la corona del Reino de los cielos. Tu bondad y mansedumbre nos enseña que sólo la misericordia heredará el Reino prometido. Sólo los limpios de corazón pueden ver, en la cruz, al Hijo de Dios. Sed. Y sólo unos pocos son saciados. Tus ojos buscan ansiosamente al Padre, mientras tu vida se consume: ¡Misión cumplida! Eres el grano de trigo cuajado de fruto.

Evangelio

Lector 2:

Cuando llegaron al Calvario, le crucificaron entre los dos malhechores, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Y Jesús repetía: ¡Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen!. (Lc. 23, 33-34).

Reflexión 1

Lector 1:

Dios, en su eterno amor, ha elegido al hombre desde la eternidad: lo ha escogido en su Hijo. Dios ha elegido al hombre para que pueda alcanzar la plenitud del bien mediante la participación en su vida

misma: vida divina, mediante la gracia. Lo ha escogido desde la eternidad y de modo irreversible. Ni el pecado original, ni toda la historia de los pecados personales y de los pecados sociales han logrado disuadir al eterno Padre de su Amor. (Juan Pablo II, 8 de diciembre de 1978).

Reflexión 2

Lector 2:

¡Qué pena que veinte siglos hayan erosionado tanto la imagen de ese cuerpo crucificado! ¡Qué pena que ya no nos conmueva! A fuerza de verlo nos hemos habituado a pasear delante de Él con indiferencia. Hemos domado la sensibilidad. Ya no nos lacera ese rostro abofeteado, esa frente ceñida de espinas, esa espalda desollada, esas manos y pies horadados, ese cuerpo convulso y desvuelto. Hemos hecho del drama real de la pasión la conclusión de un raciocinio lógico: ¡Debía suceder así!; y de la cruz, un objeto más, de uso doméstico y ornamental. (M.M., 17 de marzo de 1986).

Oración

Sacerdote:

Cristo elevado, Amor crucificado, llena nuestros corazones de tu amor, para que reconozcamos en tu cruz el signo de nuestra redención y, atraídos por tus heridas, vivamos y muramos contigo, que vives y reinas con el Padre y el Espíritu Santo, ahora y por los siglos de los siglos.

Todos:
Amén.

XII JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Estar junto a la cruz. Permanecer. ¿Es un cadáver? ¿Un muerto entre los muertos? Su cuerpo cede incluso a las leyes de la gravedad. No distinguimos su rostro, tan desfigurado. Las profecías se han cumplido y la historia sigue su curso. Dios ha sido fiel. Una espada de dolor está a punto de atravesar dos corazones. A los pies de Jesús, su Madre y el discípulo fiel se funden en tu misma cruz. Cruz misteriosa, signo de fecundidad, de la paternidad de Dios. ¡Misterio de amor y de predilección! De tu costado abierto nace la Iglesia y desde ahora María será nuestra madre. Otros discípulos fieles nos acompañarán también en nuestras cruces y en nuestras muertes.

Evangelio

Lector 2:

Era ya cerca de la hora sexta, cuando, al eclipsarse el sol, la oscuridad cayó sobre toda la tierra hasta la hora nona. El velo del santuario se rasgó por medio, y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: ¡Padre, en tus manos pongo mi espíritu! Y dicho esto, expiró. Toda la gente que había acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvió golpeándose el pecho. (Lc. 23, 44-48).

Reflexión 1

Lector 2:

Jesús con su muerte revela que al final de la vida el hombre no está destinado a sumergirse en la oscuridad, en el vacío existencial, en la vorágine de la nada, sino que está invitado al encuentro con el Padre, hacia el que se ha movido en el camino de la fe y del amor durante la vida, y en cuyos brazos se ha arrojado con santo abandono en la hora de la muerte. (Juan Pablo II, 7 de diciembre de 1988).

Reflexión 2

Lector 2:

Yo les aseguro que quien ha meditado profundamente y con fe en el misterio de la cruz, no puede menos que rendirse y ofrendarse por completo a Dios. Quien ha experimentado personalmente ese amor de Jesucristo, hasta poder gritar con san Pablo “me amó y se entregó por mí”, no puede no instaurar con Cristo una relación de amor y gratitud que le lleve a darle en todo momento la totalidad de su ser, sin escatimar sacrificios. (M.M. 17 de marzo de 1986).

Oración

Sacerdote:

Señor Jesucristo, Tú que en el momento de la agonía no has permanecido indiferente a la suerte del hombre y con tu último respiro has confiado con amor a la misericordia del Padre a los hombres y mujeres de todos los tiempos con sus debilidades y pecados, llénanos de tu Espíritu de amor, para que nuestra indiferencia no haga vanos en nosotros los frutos de tu muerte. A ti, Jesús crucificado, sabiduría y poder de Dios, honor y gloria por los siglos de los siglos.

Todos.
Amén.

XIII JESÚS ES DESCLAVADO DE LA CRUZ

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: Han abandonado la cruz. Una cruz fría y desnuda se yergue en el horizonte. Nos confunde la mirada. No hay seres vivos alrededor. Sólo aparecen objetos. ¿Se puede amar algo, una cruz? ¿Se debe adorar ese instrumento de dolor, de suplicio y de muerte? Inconscientemente el corazón busca a tientas otros seres, otros amores. No podemos soportar la presencia de una cruz sin un crucificado. Porque sin Cristo, la vida es insufrible. ¡Si tuviéramos el atrevimiento del buen ladrón, para escalar hasta el corazón de Cristo y robarle así el paraíso! ¡Oh cruz desnuda y abandonada de los hombres, esa es tu gran lección: no hay vida sin Cristo, ni redención sin muerte, ni cielo sin cruz!

Evangelio

Lector 2:

Éste está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción-¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!- a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones. (Lc. 2, 34b-35).

Reflexión 1

Lector 1:

La cruz es la inclinación más profunda de la Divinidad hacia el hombre y todo lo que el hombre -de modo especial en los momentos difíciles y dolorosos- llama su infeliz destino. La cruz es como un toque del amor eterno sobre las heridas más dolorosas de la existencia terrena del hombre. (Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, 8).

Reflexión 2

Lector 2:

Dios, a través de nuestra fe, puede exigirnos, como a Abraham, como a María, como a todos los santos, sacrificios durísimos, pero es entonces cuando el hombre de fe continúa creyendo en la palabra de Dios, seguro de que Él nunca abandona a los que confiadamente se ponen en sus manos y de que su sacrificio se convertirá en prenda de bendiciones para sí y para todos los hombres. Bienaventurado el

hombre que, en el momento de su sacrificio, no se escandaliza de su fe (M.M. 18 de diciembre de 1993).

Oración

Sacerdote:

María, tú que permaneciste al pie de la cruz, alcánzanos la gracia de la fe, de la esperanza y de la caridad, para que también nosotros, como tú, sepamos perseverar bajo la cruz hasta al último suspiro. A tu Hijo, Jesús, nuestro Salvador, con el Padre y el Espíritu Santo, todo honor y toda gloria.

Todos:

Amén.

XIV JESÚS ES COLOCADO EN EL SEPULCRO

Sacerdote: Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos.

Todos: Que por tu santa cruz redimiste al mundo.

Comentario

Lector 1: José de Arimatea ha cobrado valor, se presenta ante Pilato, obtiene el cuerpo de Jesús y ahora lo deposita en el sepulcro con cariño sacerdotal. Nicodemo ya no es en adelante el discípulo de la noche y del miedo, es el buen escriba, el nuevo apóstol del Reino de los cielos. Mirra y áloe entre sus manos: sobreabundancia de cien libras. Basta morir y todo resucita. Pero ahora un profundo silencio invade la tierra: el Rey ha muerto. Un blanco lienzo lo cubre. Desciende a lo más profundo para anunciar la salvación a los justos: es el misterio del sepulcro y del descenso a los infiernos. “Tú, Señor, eres el encuentro de la muerte y de la vida. Has quitado a la muerte su aguijón. Eres, Señor, nuestra resurrección”.

Evangelio

Lector 2:

Pilato, informado por el centurión, concedió el cuerpo a José, quien, comprando una sábana, lo descolgó de la cruz, lo envolvió en la sábana y lo puso en un sepulcro que estaba excavado en roca; luego, hizo rodar una piedra sobre la entrada del sepulcro. María Magdalena y María la de José se fijaban dónde era puesto. (Mc. 15, 45-47).

Reflexión 1

Lector 1:

¿Qué nos está diciendo pues la Cruz de Cristo, que es en cierto sentido la última palabra de su mensaje y de su misión mesiánica? Y sin embargo, ésta no es aún la última palabra del Dios de la alianza: esa palabra será pronunciada en aquella alborada, cuando las mujeres primero y los Apóstoles después, venidos al sepulcro de Cristo crucificado, verán la tumba vacía y proclamarán por vez primera: ¡Ha resucitado! Ellos lo repetirán a los otros y serán testigos de Cristo resucitado. (Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, 7).

Reflexión 2

Lector 2:

Es necesario que todos los hombres comprendan bien el mensaje de Jesús, con todo lo que él entraña y sin desviaciones piadosas. Se trata de algo nuevo, de algo desconocido hasta la venida de Jesús. Se trata de que conozcan la palabra “amor”. Se trata de que acepten el amor, se trata de que practiquen el amor, ese elemento que debe insertarse en cada hombre si queremos cambiar este mundo y hacer un

mundo mejor: un camino más amable en el que transitemos por la vida hasta llegar al inicio de nuestra personal eternidad (M.M. 1999).

Oración:

Sacerdote:

Señor Jesucristo, que por el Padre, con la potencia del Espíritu Santo, fuiste llevado desde las tinieblas de la muerte a la luz de una nueva vida en la gloria, haz que el signo del sepulcro vacío nos hable a nosotros y a las generaciones futuras y se convierta en fuente viva de fe, de caridad generosa y de firmísima esperanza. A ti, Jesús, presencia escondida y victoriosa en la historia del mundo honor y gloria por los siglos

Todos:
Amén.

Oración

Sacerdote:

¡Oh, Hijo del eterno Padre, Jesucristo Señor nuestro, verdadero rey del universo, amigo! ¿Cuál es la lección de vida y el testamento que Tú nos has dejado en este mundo a nosotros, tus discípulos y seguidores? ¿No has sido Tú el grano de trigo que, arrojado al surco de la cruz, has muerto y resucitado, te has cargado de fruto de vida eterna para Ti y para el mundo entero? ¿Por qué, Señor, nos empeñamos en salvar nuestra vida por la comodidad, el regalo, la estima, la sensualidad y la disipación de nuestro orgullo, cuando en perderla por Ti y como Tú está nuestra mayor riqueza?

¡Haznos seguidores tuyos de verdad, marcados con el signo indeleble de tu cruz en nuestros corazones y en nuestras vidas! ¡Haz que sepamos recoger los frutos de vida eterna para nosotros y nuestros hermanos del árbol fecundo de la cruz!

¡María!, el sufrimiento de nuestro compromiso de cristianos nos ofrece una vía estrecha llena de abrojos y espinas, con una cruz bañada por la sangre de tu Hijo Jesucristo, que nos invita a crucificar nuestro propio egoísmo, acompáñanos en nuestro peregrinar y alcánzanos, como a los primeros apóstoles, la asistencia del Espíritu Santo para que inunde nuestras almas de luz y transforme en fortaleza nuestra debilidad.

Por Cristo nuestro Señor.
(Cf. M.M., 25 de marzo de 1984).

Todos:

Amén

Por el Reino de Cristo a la Gloria de Dios

¡ Venga tu Reino !

¡ HE AHÍ EL HOMBRE !

“VÍA CRUCIS” PARA EL TERCER MILENIO

CRISTO, EL REDENTOR DEL HOMBRE

*IMÁGENES DEL VÍA CRUCIS
DEL NOVICIADO DE LA LEGIÓN DE CRISTO
EN BAD MÜNSTEREIFEL, ALEMANIA*

PREPARADO POR:

P. JUAN PABLO LEDESMA, L.C.

P. OCTAVIO ORTIZ DE MONTELLANO, L.C.

ROMA, 2000